

AL PUEBLO FILIPINO

Consecuente con los humanitarios principios seguidos por nuestro Gobierno y Ejército, vuelvo á manifestar á mi amado pueblo que todos los que no tengan cargo alguno oficial, pueden, si bien á nuestro pesar, retirarse para atender sus intereses, á sus respectivos pueblos, aunque estuviesen ocupados por el enemigo; rogándoles únicamente observen la mayor neutralidad, y caso que el *partido imperialista*, intentase atraerles, ya valiéndose de amenazas, ya de otros medios, cual ocurre, dejo al sano criterio de los mismos la adopción de la política que puedan observar, pues que estoy convencido del patriotismo de cada uno.

Nuestro Gobierno no necesita de excesivo número de hombres, sino lo suficiente al de sus armas y demás cargos precisos; podeis estar, pues, tranquilos, que nuestro sufrido Ejército no descansará de luchar mientras haya extranjeros que intenten esclavizar al pueblo filipino, sin que le arredre ninguna dificultad, porque está firmemente resuelto á vencer todos los obstáculos con constancia y virilidad, y dispuesto á sostener la lucha contra el invasor, mientras le quede un soplo de vida.

El Ejército filipino, además prefiere mil veces sucumbir en defensa de la justicia, y... ¿qué importa en verdad vivir, si se ha de vivir sin honra y en la esclavitud?

¡Lastima fuera que después de más de tres siglos de vida comun con nuestra antigua madre España, dándonos su propia civilización, si hoy nos dejásemos dominar del enemigo, que quiere imponernos nuevos usos y costumbres, como por ejemplo, su lengua, que para aprenderla hay que volver á la edad infantil!

Tened presente aquel decir:

Ang isip na dilat ay mahirap nang mabulag. (*)

¿El invasor dice que nos ha de gobernar siguiendo las leyes que heredáramos de España?

Creo no equivocarme que sobre este punto sabemos más que los extraños advenedizos.

Un pueblo que ha sabido con dignidad recobrar su libertad, sabrá también hacer buen uso de ella.

Por otra parte nos es provechosa esta guerra que sostenemos contra el *partido imperialista*, porque ella ilustra al pueblo, cultiva y acrisola todas las virtudes hace amar al prójimo, y mientras más víctimas sucumban de nuestros queridos hermanos á los golpes homicidas del invasor, el amor patrio se desarrolla y se consolida en el corazón de todos.

Pero no debemos olvidar que una vez independiente el pueblo filipino, es necesario que nos cuidemos de no prometer nada que no podamos cumplir, á la manera de las hechas por los americanos á su arribo á estas playas, asegurando que habían venido á defender y ayudar á los pueblos oprimidos para que sean libres é independientes, y constituyan un gobierno propio con bandera que distinga la nueva nacionalidad de las demás, promesa viva en la conciencia de los mismos y de las grandes naciones que han presenciado desde la Bahía de Manila como testigos providenciales los triunfales hechos de nuestra gloriosa revolución.

Y hago notar ante la faz del mundo civilizado, que el pueblo y el ejército filipinos no se olvidan del *Convenio de alianza y amistad* que celebré en su nombre con el primer Representante de Estados Unidos que ha llegado aquí, el almirante Dewey, por mediación de los cónsules americanos de Hong-Kong y Singapor.

Y tan vivo está en el corazón del pueblo y del ejército el renombrado *Convenio*, que al ver á los americanos que han caído en nuestro poder me han pedido á voz en grito, que les ponga inmediatamente en libertad diciendo:

Nosotros no queremos ni hacemos guerra con Estados Unidos.

Los hijos de esta poderosa nación son nuestros amigos, nuestros hermanos.

Defendemos solamente de los imperialistas nuestra reconquistada independencia y pedimos su reconocimiento.

Devolvamos, pues, á Estados Unidos á sus hijos, caídos en nuestro poder, porque los hermanos y los amigos no pueden ser prisioneros nuestros.

(*) La virtud de la civilización penetra en las almas para no sucumbir jamás.

Y ante unánime petición, tan conforme con mis sentimientos, y con los de mi actual gobierno decreté la libertad de los prisioneros americanos, encargando al Sr. Secretario de Guerra les ponga inmediatamente á disposición del General Otis, Comandante general de las fuerzas enemigas

Por tanto, queridos conciudadanos, no me cansaré de repetiros que no permitais se mancille en lo más mínimo la hermosa existencia de nuestra madre Filipinas, ni se imite esa conducta de valerse de la fuerza para atropellar los derechos, tanto más los consignados en Leyes internacionales; y tened siempre presente que nunca faltan nobles defensores porque la justicia triunfe, cual hoy acontece en el mismo pueblo de América, donde ha se levantado un *partido* que expone á su gobierno para reconocer la *independencia de Filipinas*. De modo que, aún podemos esperar de que alguien nos defienda, obligando á sus compatriotas á cumplir la promesa pactada con nosotros, tan notoria y solemnemente acreditada apesar de no estar documentada, razón porque debemos desde ahora saludarles con nuestra gratitud, se lleve ó no á cabo este primer cumplimiento, supuesto que, fácil es que nuestros enemigos muden de parecer algún día, y que únicamente nos estén probando, como así creo, dado el valor que tienen por todos conocido.

¡Oh, cuán rica y hermosa eres, patria mía! Compatriotas, os invito, que cada uno lleveis un puñado de cenizas y barro; para cubrir con ello la hermosura y riqueza de nuestra virgen madre Filipinas, pues de esta manera no se excitará la pasión de nadie, y ninguno más tratará de disputárnosla, como en estos momentos sucede.

Por codiciar desmedidamente algunos americanos la hermosa Filipinas, mucha sangre ha se derramado ya, é incontables vidas hanse inmolado; muchas calumnias han se inventado para ver de conseguirla y gracias á los buenos hijos de Filipinas que por defenderla desprecian riquezas y hasta la propia vida, cual corresponde en justicia y cumple al honor nacional; y sepan todos que nuestro Ejército entero pidió á nuestro Gobierno que, mientras Filipinas estuviese frente al enemigo, no solo no se les devengue ningún haber, sino inclusive ponen á disposición del mismo cuanto poseen.

Pidamos, pues, á Dios que el gran *partido demócrata*, que es el que ha de defender la independencia de Filipinas, triunfe en Estados Unidos, y que el *imperialismo* ceda en su empeño loco de sojuzgarnos por las armas, y ojalá no se realicen mis temores de que, en el caso de ser derrotado por el partido demócrata, se vengará de Filipinas, sugiriendo la idea de exigir nos una gruesa indemnización que fuera imposible de pagar, á fin de obtener por este último medio el triunfo de sus inícuos ideales; lo que probaría evidentemente que esta guerra á todas luces desigual, con sus negros colores de explotación, no es otra cosa que un verdadero *asesinato*.

Pero, aún podemos abrigar alguna esperanza en la sensatez de los buenos americanos, arriba citados, que siguen siendo consecuentes con los rectos principios de justicia que heredaran de sus ilustres ascendientes, los fundadores de la República de Estados Unidos. Fijaos, además, en muchos de los que se encuentran aquí, hombres sensatos, que si bien combaten contra nosotros por compromisos anteriores y disciplina, sin embargo, comprendiendo que la justicia y el derecho están de nuestra parte, desertan de su campo y pasan al nuestro para no ser solidarios de esta guerra calificada por el ilustre norte-americano Mr. Ackinson de *agresión criminal*; y tanto que, habiéndoles yo ofrecido facilidades para volver á su campo, no han querido hacerlo.

Termino repitiendo á mis compatriotas, que procuren ocultar la hermosura de Filipinas y la riqueza que posee, para que los codiciosos *imperialistas* no nos den más que hacer, y gocemos de paz inalterable.

¡Viva la Independencia!

¡Viva la República!

¡Viva el Ejército libertador!

¡Viva la unión de los filipinos!

Tarlak 31 de Agosto de 1899.

Emilio Aguinaldo.